

## LA HERENCIA DEL CIENTÍFICO JORGE JUAN. A PROPÓSITO DE UN LIBRO DE R. DIE Y A. ALBEROLA

Alfredo Martín García y Ofelia Rey Castelao  
Universidad de Santiago de Compostela

El marino y científico Jorge Juan Santacilia (Novelda, 1713–Madrid, 1773) está unánimemente considerado como una de las personalidades más notables de la centuria ilustrada española. Sus relevantes contribuciones en el campo de las matemáticas y la física, iniciadas con su intervención en 1735 en la famosa expedición hispano-francesa encargada de realizar la medición de un grado de meridiano en el Perú, le procuraron bien ganada fama en España y allende nuestras fronteras. Junto a ellas, su vinculación con el reformismo borbónico manifestado en el desempeño de diferentes misiones, algunas de ellas no exentas de riesgos, y su participación, además, en diferentes proyectos trazados por los ministros reformistas de la época y dirigidos, entre otras cosas, a la mejora de la armada, confieren a su persona una dimensión que no logran alcanzar otros contemporáneos suyos.

La reciente publicación del libro de R. Die Maculet y A. Alberola Romá, *La herencia de Jorge Juan. Muerte, disputas familiares y legado intelectual*<sup>1</sup>, más allá de los contenidos que comentaremos más adelante, ha servido para recordarnos la vinculación de Jorge Juan con Galicia a través de su actuación en la puesta en marcha de los arsenales de Ferrol desde el mismo momento en que el Marqués de La Ensenada delegó en él la inspección de los puertos septentrionales de la Península en busca de los más idóneos para los planes de reconstrucción naval diseñados por aquel ministro de Fernando VI. En esa tarea, Jorge Juan fue un firme defensor de la ubicación de los arsenales reales del Norte en la ría de Ferrol y su vinculación con esta empresa fue muy activa durante varios años.

---

<sup>1</sup> Publicaciones de la Universidad de Alicante-Fundación “Jorge Juan”, Alicante, 2002, 281 páginas.

En efecto, la correspondencia mantenida entre Jorge Juan y el Marqués de La Ensenada desde abril de 1749<sup>2</sup>, ha puesto a la luz la actuación secreta del primero en Inglaterra -bajo el seudónimo de M. Josues- como espía encargado por el segundo para captar y atraer especialistas y emplearlos en el ambicioso proyecto de Ferrol. La designación de Jorge Juan para ese encargo se debió a su condición de experto en materia naval y su tarea duró un año, período en el que, primero, hubo de ganarse la confianza de los constructores navales de la zona londinense y tantear las posibilidades de llevarse al servicio de Fernando VI a los más cualificados -entre ellos “Mr. Birth, sin duda el mejor que tiene la Inglaterra” y “Mr. Rooth “muy buen católico sin embargo de ser hijo de esta ciudad”-; la oferta que Jorge Juan podía hacerles en nombre de su gobierno distaba en muchos casos de resultar atractiva para quienes disponían de una situación económica holgada, de modo que, tras esa primera fase en la que pretendió a los mejores -Birth, al que se le ofreció incluso la posibilidad de actuar como agente para las colonias inglesas en América-, él y Ensenada hubieron de conformarse con los de un segundo rango -como Rooth-. La fase más efectiva de las desarrolladas por Jorge Juan consistió en el riguroso examen teórico y práctico de Rooth -por exigencia de Ensenada-, en negociar su contrato -en el que el constructor naval de origen irlandés jugó fuerte- y en arreglar su viaje a España con su familia y los oficiales de confianza que consideró necesario traer consigo. Jorge Juan se encargó de completar la dotación de personal con la selección de oficiales primeros de construcción y de encontrar un maestro de lonas -el elegido fue otro “irlandés católico”, Patricio Lahey, que también vendría con su familia y sus operarios-; en total, el grupo reunido se componía de 69 ingleses e irlandeses cuyo envío a España se organizó escalonadamente y con diferentes destinos en el continente para no llamar la atención de las autoridades británicas, a pesar de lo cual estas descubrieron la actividad del agente de Ensenada, que se vio obligado a huir a Francia.

Ese final rocambolesco no debe ocultarnos que el contingente de especialistas traído por Jorge Juan fue esencial para poner en práctica las ideas del ministro, no sólo en Ferrol sino en Cádiz, Cartagena o Guarnizo y que, además de esa faceta de espionaje, Jorge Juan intervino en la creación del magnífico arsenal de Ferrol a partir de 1750 en la que tomó parte un equipo de ingenieros de primer rango y elevada cualificación -Joseph Petit La Croix, Miguel Marín, Francisco Llovet, Julián Sánchez Bort, etc.-, bajo mando o coordinación de Jorge Juan, cuya condición de marino, matemático y hombre de ciencia -no de ingeniero- le granjeó la confianza del gobierno

---

<sup>2</sup> Custodiada en el Archivo General de Simancas, *Secretaría de Marina*, legs. 233 y 239, ha sido explorada por A. Martín García en sus Tesis Doctoral, *Población y sociedad del Ferrol y su Tierra en el Antiguo Régimen*, Ferrol, 2001, p. 262 y ss. Véase también J.P. Merino Navarro, *La Armada Española en el siglo XVIII*, Madrid, 1981, pp. 49 y ss.

de Fernando VI hasta el punto de que puede ser considerado como mentor y no sólo supervisor de la empresa ferrolana<sup>3</sup>. Su intervención en las obras del arsenal fue fundamental, tanto por ser el responsable de su dirección entre 1753 y 1754 como por haber aportado correcciones importantes a su trazado; pero, además, Jorge Juan no sólo participó de modo decisivo en el diseño de las instalaciones navales sino que también lo hizo en la configuración urbanística de la nueva ciudad departamental, cuyo dibujo geométrico y funcional, supuso la introducción de un modelo urbano nunca antes puesto en práctica.

-----

Paradójicamente, y pese al interés que la figura de Jorge Juan ha despertado tradicionalmente entre los investigadores, su trayectoria vital y profesional es prácticamente desconocida fuera del círculo académico y científico; dándose la circunstancia de que ninguno de los numerosos trabajos que abordan al personaje y sus destacadas contribuciones como marino, hombre de ciencia, diplomático o, incluso, espía, pueden en definitiva ser considerados como una biografía en el sentido más amplio del término. De hecho, pocos son los autores que llegan a introducir novedad alguna en sus escritos pues la inmensa mayoría no pasa de citar y refundir los ya clásicos textos jorgejuanistas enfocándolos, eso sí, en la dirección más conveniente.

Es indudable que el libro de Rosario Die y Armando Alberola no puede engrosar la lista de estos últimos. Lejos del afán meramente divulgativo, constituye un riguroso trabajo de investigación y un significativo avance en el conocimiento del universo vital y más desconocido del marino alicantino. Para ello, se han valido, entre otros, de un material documental de enorme interés y riqueza como es la correspondencia mantenida entre el secretario particular de Jorge Juan y los familiares de éste, tras su muerte a finales de junio de 1773. Esto les ha permitido afrontar el estudio de la personalidad y obra del científico desde una óptica absolutamente diferente a la efectuada hasta ahora, al incidir en su faceta más privada, a la par que descubrir el relevante papel desempeñado por un personaje indisolublemente unido a Jorge Juan durante veintitrés años: su secretario Miguel Sanz. A éste último se debe la que, formalmente, debemos considerar como la primera biografía de Jorge Juan, aparecida como apéndice en la segunda edición de las famosas *Observaciones Astronómicas*, y de cuyo contenido son deudores en gran medida todos los estudios posteriores referidos al científico.

El libro, aunque centrado en el complicado procedimiento sucesorio abierto tras la muerte abintestato del insigne científico, se inicia insertando a Jorge Juan en el contexto de la España del siglo XVIII; una España en la que la nueva ciencia pugnaba

---

<sup>3</sup> A. Vigo Trasancos, *Arquitectura y urbanismo en el Ferrol del siglo XVIII*, Vigo, 1985, pp. 12, 50, 58, 72 y 153.

por abrirse camino e instalarse aunque el ambiente resultara poco propicio, dado el dominio abrumador que la rancia escolástica ejercía en las instituciones educativas. El utilitarismo que imbuyó a los responsables del Estado, deseosos por otro lado de prescindir de saberes especulativos, fue lo que les abocó hacia una progresiva militarización de las denominadas “ciencias útiles” vinculándose por ello la mayor parte de la actividad científica a los cuerpos armados del Estado. Así, las academias militares vinieron a desempeñar el papel tradicionalmente reservado a la universidad, pasando en consecuencia a ser centros en los que se impartía aritmética, álgebra, geometría, dibujo o trigonometría. El capítulo primero sistematiza ese proceso de militarización de la ciencia en la España del XVIII y anota las principales contribuciones de Jorge Juan.

Tras ello, y como paso previo e imprescindible al desarrollo del objeto central del libro, los autores reconstruyen la compleja estructura familiar y patrimonial de los miembros del linaje Juan, desentrañando los diferentes lazos de parentesco que ligaban al marino con sus hermanos. La circunstancia de que sus progenitores, Bernardo Juan y Violante Santacilia, fueran ambos viudos con hijos de sus anteriores enlaces y, posteriormente, con tres hijos comunes (Jorge, Margarita y Bernardo Juan Santacilia) determinó que únicamente los dos últimos acabaran siendo los herederos del marino. Asimismo, un estudio en profundidad del patrimonio familiar contribuye a clarificar los encontrados intereses que movían a cada uno de los hermanos. Esta novedosa aportación, sustentada en una minuciosa pesquisa en archivos parroquiales y notariales, que ha sacado a la luz una abundante información absolutamente inédita hasta la fecha por referirse a los familiares de Jorge Juan, alumbrando una parte especialmente oscura de la biografía del marino y resulta imprescindible para poder entender en toda su dimensión el grave conflicto que se suscitó entre los diferentes hermanos a la hora de afrontar la sucesión y el reparto de los bienes.

Líneas atrás se ha aludido a que el soporte documental fundamental, aunque no el único, lo constituye un epistolario compuesto por cerca de cien cartas escritas en su mayor parte por Miguel Sanz, secretario personal de Jorge Juan, y dirigidas a Bernardo, hermano menor de aquél y uno de sus dos herederos. Gracias a esta correspondencia, que se inicia a la muerte del marino y se prolonga por espacio de dos años, se reconstruye con todo detalle el largo y complicado proceso que comportó el reparto de la herencia de Jorge Juan entre sus dos hermanos enteros, Margarita y Bernardo; pero, sobre todo, la decisiva participación que el secretario del marino tuvo en todo lo que pudiera suponer honrar y preservar para la posteridad la memoria de su señor. El hecho de que el científico falleciera en Madrid, soltero y sin testamento, determinó que Miguel Sanz hubiera de actuar como apoderado de los dos únicos herederos,

interviniendo en todos los trámites judiciales y privados necesarios para liquidar y repartir sus bienes.

Pero además, y gracias a la pluma de aquél, emergen otros muchos aspectos que hasta la fecha permanecían inéditos, empezando por las circunstancias que rodearon la muerte de Jorge Juan y cómo se produjo; su empeño personal por conseguir que los restos del marino fueran enterrados en la mejor capilla de la iglesia de San Martín y que el gallego Felipe de Castro, uno de los más significados escultores de la época, tallara una lápida conmemorativa. Igualmente se descubre que Sanz colaboró activamente junto a Isidro Granja, funcionario de la secretaría de Marina, para lograr que los mejores artistas del momento realizaran un retrato del difunto, labor que resultó especialmente complicada porque éste nunca se había dejado retratar en vida, pero que, a la postre, culminó con la realización de un óleo y un grabado, éste último utilizado como portada en la reedición de las *Observaciones Astronómicas* que en esos días se ultimaba.

Los incidentes surgidos en el reparto de la herencia puestos de manifiesto en las cartas de Miguel Sanz permiten comprobar la deplorable actitud exhibida por los hermanos, Bernardo y Margarita, en abierta pugna por hacerse con bienes de valor; actitud que se torna en absoluto desinterés en todo lo referido a lo que cabría denominar como la “herencia intelectual”. En efecto, la biblioteca de Jorge Juan, integrada por unos cuatrocientos volúmenes y quizá una de las mejores sobre temas científicos existente en esos momentos, no recibió la más mínima atención por parte de sus herederos pese a contener volúmenes de autores tan significativos como Voltaire, Montesquieu, Halley, Leibnitz, Locke o Newton. Pero lo más llamativo del caso es que tampoco las instituciones de la época mostraron excesivo interés por hacerse con ella que, en última instancia, acabó vendiéndose por lotes, de los que uno fue reclamado por el monarca, otros los adquirieron el infante don Gabriel, el Bibliotecario Mayor Juan de Santander y el conde de O'Reilly, así como personas próximas al entorno de Jorge Juan. Los libros sobrantes fueron a parar a manos del librero Bartolomé de Ulloa por un módico precio. Triste destino el de esta magnífica biblioteca privada en una España pretendidamente ilustrada.

Otra cuestión relevante que el libro aborda de manera definitiva es la referida tanto a la reedición de las “*Observaciones astronómicas y físicas*”, publicada por vez primera en 1748 no sin sufrir el acoso de la Inquisición, como a la impresión del “*Examen marítimo*”, editada en 1771, apenas dos años antes de la muerte del marino, y que en el momento de su fallecimiento se encontraba en pleno proceso de distribución. En el primer caso fue la activa intervención del secretario Miguel Sanz la que la hizo posible que se reeditara en 1773 y que, además, se incluyera en ella el breve opúsculo titulado *Estado de la astronomía en Europa*, encendido alegato en defensa

del sistema copernicano cuya publicación había sido prohibida en 1765. Respecto del *Examen marítimo*, la obra cumbre de Jorge Juan por las aportaciones que efectúa a la ingeniería naval y a la mecánica de fluidos editada en 1771, la investigación de Die y Alberola nos permite conocer el relevante papel desempeñado por el secretario del marino puesto que la obra, impresa en los talleres del famoso editor y librero Francisco Manuel de Mena, apenas había comenzado a distribuirse.

El libro, como no podía ser de otra manera, concluye con un capítulo final dedicado a Miguel Sanz, secretario personal de Jorge Juan durante veintitrés años y autor del pequeño opúsculo biográfico del marino que ha sido la fuente de la que han bebido todos los autores que han realizado un estudio de su figura. Ha sido necesario un concienzudo trabajo de búsqueda en diferentes archivos nacionales para conseguir encajar todas las piezas que conforman la anónima vida de quien, tras la muerte del científico, dedicó todo su esfuerzo a engrandecer y honrar su memoria.

Este estudio, completado con un minucioso árbol genealógico de la familia Juan y la transcripción del epistolario de Miguel Sanz, ofrece, en definitiva, una visión inédita y distinta sobre el marino noveldense, situándonos en el difícil terreno del ámbito más privado y desconocido del personaje e iluminando los innumerables claroscuros que todavía persistían sobre uno de los más importantes científicos de la Ilustración española.